

*Alfonso Camín:*

# Entre el canario y el murciélagó

*(El amigo asturiano de Ramón López Velarde)*

Fernando Fernández

*El escritor y editor Fernando Fernández rescata en este texto la historia de una amistad: la del vate asturiano Alfonso Camín y el poeta zacatecano Ramón López Velarde y nos revela algunas zonas desconocidas de la relación entre la poesía española y la mexicana.*

*A Luis Miguel Aguilar*

## 1. TRAS LAS HUELLAS DE UN POETA OLVIDADO

Antecediendo a “La suave Patria” en casi todas las ediciones, hay un poema de Ramón López Velarde dedicado a Alfonso Camín. Vale la pena copiarlo completo:

Alfonso, inquisidor estrafalario:  
te doy mi simpatía, porque tienes  
un algo de murciélagó y canario.

Tu capa de diabólicos vaivenes  
brota del piso, en un conjuro doble  
de Venecias y de Jerusalenes.

Equidistante del rosal y el roble  
trasnochas, y si busco en la floresta

de España un bardo de hoy, tu ave en fiesta  
casi es la única que me contesta.

José Luis Martínez informa que apareció originalmente en 1919 al frente del libro *Alabastros* de ese personaje, de quien se limita a decir que era un poeta de nacionalidad española que residía en México. No es difícil proponerse llenar esa pequeña laguna. Más interesante es rescatar los testimonios de la relación entre ambos poetas incluso más allá del manojó que recoge la bibliografía establecida. La cuestión puede afinarse así: si López Velarde dedicó al español esos versos cargados de afecto, ¿es posible rastrear en la obra de éste, un autor hoy olvidado, la manera en la que le correspondió?

En España, y particularmente en Asturias, su tierra natal, el olvido no parece hacer justicia a la importan-



Ramón López Velarde

cia de Alfonso Camín. Por el paso del tiempo o la falta de convicción con la que fue esculpida, la placa que lo recuerda en el céntrico Campo San Francisco de la ciudad de Oviedo resulta casi ilegible;<sup>1</sup> todo un símbolo de lo que sucede con su propia obra: a pesar de sus casi setenta libros, entre poesía, novela, cuento, ensayo histórico y memorias, a pesar de los cerca de trescientos números de su revista, llamada *Norte*, prácticamente no hay reediciones de los títulos originales, los cuales ni siquiera se consiguen como deberían en las bibliotecas públicas. Salvo una selección de sus entrevistas literarias publicada en 1998 por el crítico José Luis García Martín (Libros del Peixe, Gijón), y exceptuando ejemplares aislados aquí y allá, lo único que puede consultarse es la colección de libros que fueron de su propiedad, en ediciones que pagó el mismo poeta ayudado de los muchos asturianos radicados en México con los que se relacionaba, y que no pueden leerse sino con restricciones, con autorización firmada y siempre en la sala de consulta de la biblioteca.

Y sin embargo nadie como él vivió y dejó documentado el drama de la emigración, acaso el fenómeno social más importante de la historia moderna de Asturias. Si los emigrantes españoles a América se decidieran a

<sup>1</sup> Con esfuerzo, acaba reconociéndose el terceto final de un soneto dedicado a la emigración. A pesar de referirse a un simbólico roble (“Si soy el roble con el viento en guerra / ¿cómo viví con la raíz ausente? / ¿cómo se puede florecer sin tierra?”), está colocado al pie de una enorme conífera.

contar su historia, la vida, los libros y particularmente la revista de Camín serían una fuente de gran valor. Pero las comunidades de emigrantes y las universidades de sus lugares de origen han mostrado en general la misma falta de sensibilidad al fenómeno emigratorio y el trabajo del viejo conocido de López Velarde sigue a la espera de los estudiosos. Otro gallo cantaría si hubiera escrito en bable, el dialecto del latín hablado todavía en Asturias, pero esa posibilidad ni siquiera se le hubiera ocurrido: en su época, en esa lengua prácticamente sólo se escribía en broma. Cuando todo lo local vive un auge en el mundo globalizado, el más prolífico de los asturianos, que escribió sobre Asturias de todas las maneras, ni siquiera en tiempos de “nacionalismo” tiene el consuelo de ser pretexto de nada, al menos de nada que hoy esté a debate.

## 2. “UNO DE LOS GRANDES POETAS QUE HA PRODUCIDO ESPAÑA EN EL PRESENTE SIGLO”

Según la *Gran Enciclopedia Asturiana*, Camín nació en Rocés, un pueblo de las cercanías de Gijón, el 12 de agosto de 1890, por lo que era un par de años más joven que el autor de “La suave Patria”. A los quince años se embarca para Cuba donde prueba fortuna en los más diversos oficios. Luego se desempeña como redactor de varios periódicos mientras publica sus primeros versos, hace estudios por su cuenta y dirige la revista de poesía *Apolo*. En 1913, ya como redactor del *Diario de la Marina*, aparece su primer libro, *Adelfas*, y al año siguiente el segundo, *Crepúsculos de oro*. De 1915 es el poema “Los emigrantes” y el volumen *Cien sonetos*. Durante la Primera Guerra Mundial es enviado como corresponsal a España, donde publica un nuevo libro, *La ruta*. La nota biográfica no aclara el año en que, de regreso ya en Cuba, se traslada por fin a México, pero en cambio añade misteriosamente que fue “como consecuencia de ciertos lances personales”. Tampoco dice nada sobre su nuevo regreso a tierras españolas, de donde irá otra vez a México al parecer a causa de la Guerra Civil. En nuestro país va a vivir hasta 1967, año en que regresa definitivamente a España, donde muere en 1982.

Por su propensión natural a la hipérbole y la falta de una biografía satisfactoria, los hechos de su vida suelen contarse entre la verdad y la leyenda. Por ejemplo respecto a sus años cubanos: que si una riña callejera dio con sus huesos en el hospital y luego la cárcel; que si escribió allí los primeros sonetos, que mandó a un diario local; que si envió, también en esas circunstancias, un poema a la primera dama cubana, quien hizo todo por que se le devolviera la libertad. Lo que no está en disputa, a juzgar por la opinión de Gastón Baquero (en *Diario, Cernuda y otros temas poéticos*, Editora Nacional,

Madrid, 1969), es que gracias a unos poemas publicados entonces, debe considerársele el padre de la poesía afroantillana. (Para el público en general: Camín fue quien, retomando un antiguo estribillo, escribió la letra de la famosa canción de Chavela Vargas, “La Macorina”).

La crítica literaria de hoy, como sea, lo considera un autor al que faltó, precisamente, crítica, fuese propia o ajena: tenía una asombrosa facilidad versificadora que lo hacía escribir a raudales, nunca del todo mal, no siempre del todo bien. A fuerza de publicar libros de poemas, repitiendo técnicas y temas hasta el infinito, Camín perdió interés y un día dejó de ser considerado. También es cierto que tenía algunas costumbres feas: en las últimas páginas de esos volúmenes que financiaban los emigrados españoles, solía reproducir, además de la ingente lista de sus libros publicados o en proyecto, los fragmentos supuestamente críticos de otros respecto a su trabajo sacados de cartas personales, lo que lo hacía elevar a juicios públicos las opiniones amistosas de algunos de sus conocidos famosos. En *Norte*, además, no dejaba de publicar, firmadas con seudónimos, notas escritas por él mismo sobre su obra, con elogios que sólo por eso dejaban a las claras su falta de autenticidad.

Si a pesar de haber vivido larguísimo años en nuestro país, en México no es fácil encontrar alusiones a su persona o su obra —Novo, por ejemplo, menciona su nombre de paso; Reyes, ni eso—, es notable en cambio el contraste de opinión que produjo en España. *Españolito*, el biógrafo de los escritores y los artistas de Asturias, dice de él que “no será mucho afirmar que es uno de los grandes poetas que ha producido España en el presente siglo. Poeta de verdad, de los que no pasan sin dejar obra perdurable tras de sí, de los que no necesitan encuadrarse en una moda determinada ni fingir lo que no se tiene, porque él hace poesía eterna, y con la emoción poética que a él le sobra puede poner escuela otro cualquiera”.

Por su parte, Sáinz de Robles se refiere a él con estas palabras: “De una fecundidad asombrosa, Camín es un poeta vibrante, colorista, musical, lleno de nervio y de españolismo, profundamente emotivo, dueño de un lirismo fluido, pegadizo, simpático. Muchas de sus poesías son dignas de figurar en las mejores antologías”. El director de *El Liberal*, Alfredo Vicenti, que no tenía por qué saber de literatura ni tener dones proféticos pero cuya opinión pesaba a juzgar por las veces que aparece reproducida, dijo que de él se iba a hablar “tanto como de Darío”.

### 3. “ADORNOS DE UN INDIANISMO FASTUOSO Y ENGOLADO HISPANISMO HISTÓRICO”

Entre quienes tienen una visión más crítica destaca Rafael Cansinos Assens. El sevillano retrata a Camín, en el tercer tomo de *La novela de un literato* (Alianza Edi-

torial, 2005), con colores vivos: “Pequeñito pero finchado, tartarinesco, con su aire jaquetón, su garrota y su puro, su gran chambergo bohemio, su carilla de zorro, en la que los ojos chiquitines brillan llenos de malicia aldeana y su gran chalina es una mezcla curiosa de candor y picardía”. Desde muy pronto, como parte sustancial del personaje aparece el nuevo continente y en particular, México: Camín, sigue Cansinos, “vuelve a nosotros después de una larga correría por América, trayendo unos cuantos libros de versos descoyuntados y barrocos, y una colección de anécdotas pintorescas y fabulosas, de raptos, desafíos y hazañas de guerrillero mejicano, bajo las banderas revolucionarias de Pancho Villa, que cuenta en las tertulias, ante las sonrisas irónicamente crédulas de sus oyentes”.

Y más: “Habla de sí mismo en términos ingenualmente egolátricos, dispara sus versos sin que nadie se los pida y se los elogia él mismo con una vanidad pueril. ‘¿Qué tal, eh? ¿Quién hace aquí hoy versos como los míos? ¿Quién crea imágenes más modernas? ¿Quién dice cosas más fuertes y viriles? Yo soy un gallo con espines, yo soy un macho, en medio de esta patulea de poetas decadentes y afeminados... Oigan ustedes este poemita... y a ver si puede compararse conmigo ninguno de estos poetillas universitarios por el estilo de Alberti y García Lorca”.



Alfonso Camín



Lo más ponderado que hay acerca de su obra poética se debe, como suele suceder respecto a la literatura asturiana, a José María Martínez Cachero. Ya el título de ese breve trabajo, *Alfonso Camín, un poeta modernista*, publicado por el Instituto de Estudios Asturianos en 1990 en celebración del centenario de su nacimiento, manifiesta una postura crítica: el poeta asturiano, que fue contemporáneo riguroso de los miembros de mayor edad de la Generación del 27, no fue más que un modernista que apareció tardíamente, cuando la batalla por imponer el movimiento había sido ganada, y nunca salió de él. Pero su falta de intereses comunes a los del 27 o el hecho de salir tempranamente de España no lo separan tanto del grupo como su falta de evolución personal. Cachero echa mano de un juicio crítico del propio Camín sobre José Santos Chocano para decir que también aquél fue un poeta irreprimible y torrencial que pretendió amalgamar la naturaleza americana, haciendo uso de “adornos de un indianismo fastuoso y engolado hispanismo histórico”.

Según Cachero, Camín cumple uno a uno con los rasgos que más se censuran a los modernistas: además de una tendencia a evadir la realidad inmediata a favor de un exotismo, hay un abuso de galicismos, un verbalismo gratuito y una tendencia al tópico profanamiento de lo sagrado. Su obra es más extensa que variada, ya sea de temas o de técnicas; sus poemas, a veces muy largos, suelen quizá por ello tener remates deficientes, casi por simple renuncia, limitándose muchas veces a la repetición de un verso o una estrofa. Además hay una notable profusión de palabras, no pertinentes, vacuas. Al revés de Darío, que ahonda, Camín está condenado “a la corteza de la realidad”.

Durante largos años se ha dicho sobre todo en Asturias que Camín merece otro destino, una relectura

cabal, por lo menos un par de antologías, pero nadie lo ha hecho con la excepción, anotada más arriba, de José Luis García Martín. Esto es lo que dice sobre sus libros de poemas: “Se comienza a hojearlos con una displicente sonrisa ante tanta enfática hojarasca y acabamos teniendo que confesar que el autor no era, sin duda, un gran poeta, pero era un poeta, no sólo un retórico, un poeta de verdad, algunos de cuyos versos todavía conservan intacta la capacidad de sorpresa y emoción”. El suyo es, me parece, el veredicto más certero: poeta indudable, autor de algunas memorables páginas con sabor de época y un puñado de poemas que lo hacen “acreedor al menos de una generosa nota a pie de página en la historia de la literatura española”.

#### 4. NORTE: “LA VOLUNTAD Y EL ESFUERZO INVEROSÍMILES DE SU ÚNICO ANIMADOR”

Si *Norte* fue la más importante de las empresas editoriales de Camín, no fue la única: antes de ella y aun en los años intermedios, dirigió otras publicaciones: *Castillos y Leones*, *Rojo y Gualda*, *Ambos Mundos*... A finales de los años veinte, la revista madrileña *La Esfera* le pidió elaborar un número especial sobre México. Quien lo haya tenido delante (hay un ejemplar en el fondo reservado de la Biblioteca Bonifaz Nuño, de la UNAM) sabe que es una joyita bibliográfica sobre aquellos años en nuestro país. No sólo por su estupenda colección de fotos; también porque Camín despliega sin limitaciones todos sus recursos y lo mismo hace entrevistas que reportajes, se ocupa de la industria que del patrimonio arqueológico, copia poemas de los principales poetas del país, redacta él mismo poemas y artículos que firma con su nombre o seudónimos...

Por azarosa que sea, una cala en algunos ejemplares de *Norte* da una idea de la naturaleza de aquella publicación de la que un historiador afirma que “durante su larguísima singladura vital, [fue] un milagro debido a la voluntad y al esfuerzo casi inverosímiles de su único animador”. *Norte* apareció a lo largo de más de treinta años, primero en Madrid como “revista mensual asturiana”, a finales de los años veinte; después como “revista del norte español”, en los treinta y la misma ciudad, para convertirse ya en México, después de la Guerra Civil, en “revista mensual hispano-mexicana”. Pero sigamos escuchando a Cansinos Assens: “Su base económica es esa revista que él edita por su cuenta, a expensas de sus paisanos, diseminados por todo el mundo [...] Camín es un cacique asturiano, de radio de acción muy superior al de ese otro cacique político que se llama don Melquíades [Álvarez, el líder reformista de la primera parte del siglo xx, también gijonés]. Donde quiera que haya un comerciante asturiano, tiene Camín un suscriptor y anunciante forzoso de su revista<sup>2</sup> [...]. Negarse a ello sería tanto como renegar de la patria chica asturiana, y exponerse a los terribles anatemas de vate regional. *Norte* es, así, un periódico de los más importantes en cuanto a suscripción y publicidad, aunque sea un órgano de circulación interna y silenciosa. De él vive Camín, con él se costea sus libros, sus puros y sus dobles de cerveza”.

Quizá lo más notable sea el empeño que puso en hacer sobrevivir en su revista la literatura entre la propaganda comercial y el repaso de la vida social de la colonia de emigrantes, donde convivían la fiesta de la Virgen de Covadonga y el anuncio de un bar o una fábrica de tejidos, un talco o una llantera, con toda la poesía imaginable, frecuentemente suya, y entrevistas y homenajes a escritores como Díaz Mirón, González Martínez o Urbina. Versificador torrencial, el director-gerente de la publicación, como le gustaba ser conocido, ofrecía en persona sus servicios de publicista y era capaz de meter en versos cuanta materia comercializable se le pusiera al alcance. Así, un Alfonso Mier, ferretero, pudo ver anunciado su negocio ubicado en la Calzada México Tacuba de esta forma:

Cuanto hay de ferretería,  
precio y surtido a placer,  
seriedad, servicio al día,  
la Casa de Alfonso Mier.

O la tienda de bolsas de un tal Roquero aparece con un reclamo de esta naturaleza:

Lo sabe México entero,  
y ya se dice en El Grito:  
para bronce el Caballito,  
y para bolsas, Roquero.

En las páginas de *Norte* queda bastante testimonio de lo mucho que le gustaba retratarse, en todas las circunstancias imaginables, de preferencia al lado de sus entrevistados, la mayoría de las veces de bastón y puro, siempre pintoresco, como sucede en el número 23, de septiembre de 1931, cuando la revista tiene su sede aún en España pero ya se hace mayormente con dinero mexicano. En la imagen se le puede ver al lado del director del Banco de México; el pie de foto dice: “el ilustre financiero don Alberto Mascareñas, en noble charla con nuestro director”. Por cierto, en esa entrega relativamente temprana anuncia ya sus obras completas, nada menos que en veinte tomos, que pueden ser adquiridos por suscripción, empastados o en rústica.

También lo vemos retratado en el número 72, de enero-febrero de 1942, en el que reproduce junto a un poema dedicado a Díaz Mirón una foto de casi veinte años atrás a cuyo pie puede leerse que “nuestro director-gerente” y el poeta veracruzano posan “bajo el sol de la playa jarocha”. La imagen muestra esa característica que debía ser tan evidente en él y que recorre las páginas de su obra, que Cansinos describe como de candor y picardía y que en el poema de López Velarde se convierte en “un algo de murciélago y canario”: los ojos pequeños y la nariz y la boca pajarunas, disueltos en una anatomía facial algo más amplia, como de quiróptero o roedor. De cuando en cuando surge en las páginas de *Norte* el nombre del autor de “La suave Patria”, a quien Camín dedica todo género de homenajes, versos y memorias, y alguna vez hasta la portada como sucede en el número 63, de julio-agosto de 1940, dentro de una serie llamada “Prestigios de México”.

##### 5. “ENEMIGO DEL CARDO POLÉMICO Y LA DISCUSIÓN BURRICIEGA”

Y cada vez que aparece el nombre del zacatecano, Camín reproduce, siquiera de manera fragmentaria, el poema en el que su célebre amigo lo retrató. “Aguafuerte” fue escrito dos años antes de la muerte de López Velarde.

<sup>2</sup> De cuando en cuando, como hacía con otros muchos comerciantes asturianos en México, Camín visitaba a mi abuelo en su negocio de Manuel Payno y Bolívar. Me consta que Santos Fernández Bueno era refractario a aquellos argumentos que pedían pensar “no solamente en la compensación material e inmediata, sino en el orgullo de contribuir a la propaganda de la cultura de España en México”. Sé que lo recibía, con más tolerancia que entusiasmo, lo dejaba perorar y hasta le compraba algunos ejemplares tal como recuerda mi padre, que era un niño cuando se producían esas visitas. No soy por cierto el único entre nosotros que guarda estos recuerdos de tradición familiar: un primo de Camín llamado Manuel hizo la América y se instaló en Chetumal; su hija Emma se casó con Héctor Aguilar Marrufo y de ese matrimonio nacieron, entre otros, Héctor y Luis Miguel Aguilar Camín.

de y desde el primer momento Camín hizo de él lo que iba a hacer durante el resto de su vida, que lo citó, recitó, sacó a colación, imprimió, reimprimió, glosó, mencionó y volvió a mencionar todas las veces que pudo. Allen W. Phillips consigna que el texto apareció como “Alfonso Camín” en *El Heraldo Ilustrado* el 31 de diciembre de 1919 y luego con su título definitivo en *El Universal*, el 22 de febrero de 1920. Pero entre una y otra apariciones, el asturiano lo incluyó en el número del 27 de diciembre de 1919 de *Rojo y Gualda*, lo que quiere decir que salió tres veces en menos de dos meses... Si sumamos que por esos días servía de prólogo a *Alabastros*, como recordaba José Luis Martínez, podemos decir que López Velarde lo vio impreso nada menos que en cuatro ocasiones.

Es interesante que quien haya dado el orden final al libro póstumo *El son del corazón* (con más razón si fue Ramón mismo), lo colocara inmediatamente antes de “La suave Patria”: no está del todo mal como un peque-

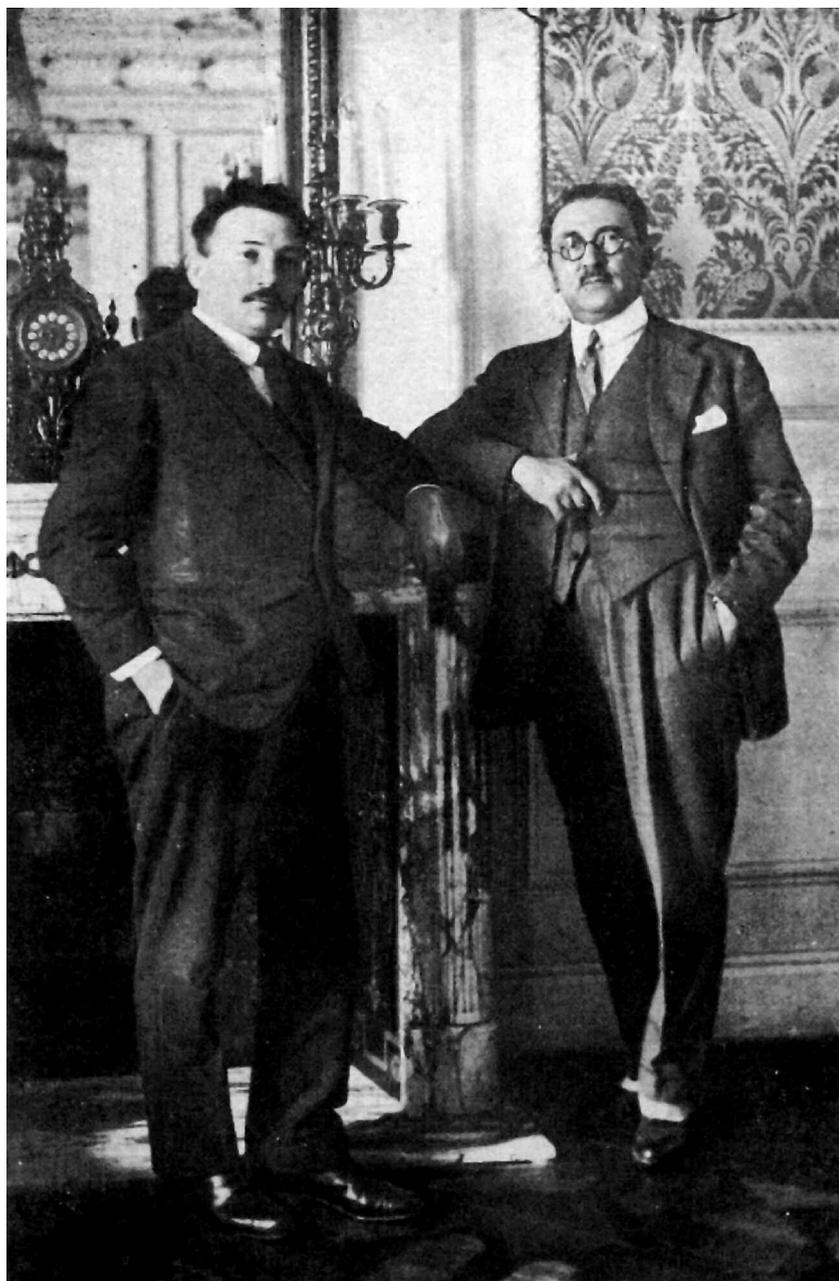
ño respiro antes del gran poema sobre México. Es un apunte, simpático como el personaje que lo inspiró, y no pretende más. Después de llamar a Camín “inquisidor”, quizá por tratarse de un ibero con ribetes medievales (no en balde *Españolito* escribió que había nacido con tres siglos de retraso), lo califica con el adjetivo que mejor lo describe: “estrafalario”. Luego le manifiesta que a pesar de todo —a pesar de la extravagancia, leemos nosotros, de la megalomanía y las constantes salidas de tono, todo ello muy contrario a los hábitos de López Velarde—, le cae bien.

Entonces destaca el rasgo que más llama la atención: su “capa de diabólicos vaivenes”, de la que dice que “brota del piso” y, echando mano de un recurso típicamente velardiano (su famoso balanceo entre entidades simbólicamente opuestas), añade que lo hace “en un conjuro doble / de Venecias y de Jerusalenes”. Por último, “equidistante del rosal y el roble” (¿la fortaleza y la delicadeza paradigmáticas?, ¿la belleza pasajera y las hondas raíces?) le dice que si en la España actual hay pocos poetas que valgan la pena, él es uno de ellos:

...si busco en la floresta  
de España un bardo de hoy, tu ave en fiesta  
casi es la única que me contesta.

Pero no nos engañemos como se engaña Camín: si el aprecio que le manifiesta el poema debe ser verdadero, el halago sobre sus virtudes literarias responde más a una actitud nacida con el modernismo, de desprecio a la poesía de la vieja Metrópoli, que sigue viva en Latinoamérica. Enrique Fernández Ledesma, uno de los amigos más cercanos a López Velarde, el mismo que profetizó sin equivocarse que la poesía de éste no se *aclimataría* en España, pone a Camín del lado americano: “Un español, tumultuoso para no faltar a la tradición, pero que lleva en sus jaulas al ruiseñor de América [...], ha sentido conmigo [...] el vilipendio de las letras peninsulares hacia los racimos apolíneos” (*México Moderno*, números 11-12, 1 de noviembre de 1921).

Al menos hasta donde alcanzo, la más alarmante de las veces en que Camín se refirió al poema es en el número 101 de *Norte*, de junio-julio de 1946, a cuento de los veinticinco años de la muerte de López Velarde. Allí, refiriéndose al “talante crítico” de su amigo, dice que “a pesar de su espíritu ponderado, enemigo del cardo polémico y la discusión burriciega, sabía lo que llevaba en sí. Se sonreía de los gansos y de los cisnes, de los pericos y de las cluecas. Inclusive hablando de la poesía española, a excepción de lo pintoresco de Valle-Inclán y de la creencia poética en Andrés González Blanco, apenas le convencían los hermanos Machado”. Y añade, crecido y mayestático y sin ruborizarse: “Hablando de la poesía española, saltaba siempre desde Bécquer hasta



Alfonso Camín con Enrique González Martínez



Alfonso Camín con Rafael Cansinos Assens en el Paseo del Prado de Madrid

Lorca y nosotros. Casi lo confirma en el ‘Agua-Fuerte’ [sic] que nos dedica en 1919”. Y, zas, como acostumbraba, lo reproduce una vez más completo...

Como sea, si el homenaje amistoso caló tan hondamente en Camín, es interesante echarle un ojo a los textos con los que correspondió.

#### 6. LOS PAPELES MEXICANOS DEL LEGADO CAMÍN

Las bibliografías suelen ser imprecisas respecto a las referencias a Alfonso Camín. Ni José Luis Martínez ni Allen W. Phillips ni Guillermo Sheridan se olvidan de su nombre y de cuando en cuando hasta se sirven de él (el norteamericano reconoce que fue uno de los primeros en advertir la influencia de González Blanco en el primer Ramón), pero en general no citan siempre los mismos textos y han dejado fuera por lo menos un par que resulta de interés. En 2004 tuve la oportunidad de revisar los papeles de tema mexicano que forman parte de su archivo, que se conserva en la Biblioteca Pérez de Ayala de Oviedo, y que donó con el resto de sus pertenencias documentales al gobierno del Principado de Asturias poco antes de su muerte. Pocos han andado entre aquellos papeles desde que se constituyó lo que ahora se conoce como el Legado Camín. En 1986 se publicó un catálogo que sirve de brújula en semejante océano bibliográfico; entre los varios proyectos inéditos se enlistan dos de tema específicamente mexicano: uno llamado *Por tierras de Pancho Villa* y otro, simplemente, *Nopales*.

El primero, además de ocuparse de Villa, de quien había publicado en Madrid en 1935 una pequeña bio-

grafía novelada,<sup>3</sup> reúne una serie de textos sobre los tiempos de la Revolución; el segundo, bajo el título completo de *Entre nopales*, es el proyecto de la tercera parte de sus memorias, dedicada a sus años mexicanos, ocupando su lugar detrás de las dedicadas a su infancia en Asturias, *Entre manzanos*, y las de su juventud en La Habana, *Entre palmeras*, ambas editadas en México (ediciones de la revista *Norte*, 1952 y 1958 respectivamente). Todavía a la colección debía añadirse un último título, posterior al mexicano, que iba a llamarse *Entre madroños*, sobre sus recuerdos que tienen como escenario a Madrid. Por cierto, a pesar de su título, *Entre volcanes (novela de la revolución mejicana)*, aparecida en la capital española en 1928, no tiene nada que ver con la serie.

El expediente de *Nopales* está formado por una colección de documentos de los más diversos géneros, recortes de periódico, artículos mecanografiados y a mano, pedazos de papel de todos los tamaños, escritos con cuidado o garabateados con letras que a veces no parecen ser la misma, tarjetas de presentación y hasta servilletas, todo asido con clips, grapas y hasta alfileres ahora

<sup>3</sup> Es característico de la óptica del emigrante español el que todo se tiña de aldeano. En las páginas de esta misma revista conté en otra oportunidad cómo Camín decía que si Colón no había resultado originario de Asturias era porque ningún asturiano había revisado las fuentes documentales. Véase cómo remata su biografía del Centauro del Norte: “Sólo ha habido en América un guerrillero que se puede equiparar a Pancho Villa. Y este guerrillero era asturiano. Se llamó Boves y siempre trajo en jaque a Bolívar. Solamente sufrió una gran derrota: en Carabobo. Lo mismo que Pancho Villa: en Celaya. Todas las demás fueron victorias para estos dos guerrilleros, los máximos guerrilleros de América. Eran feroces como las panteras y grandes como el desierto. El abismo y los ventisqueros pueden contar sus hazañas mejor que los hombres”.

oxidados, en sobres que a su vez se conservan en carpetas cerradas con cintas, metidas en tres cajas numeradas. Si bien hay un prólogo y algunos artículos ajenos recortados de revistas que iban a servir de presentaciones, y hasta un epílogo firmado en 1962, toda esa papelería carece de orden. Algunos temas se repiten con una recurrencia que revela algo más que interés: Pancho Villa, desde luego; Juan Silveti; Toral; el general Roberto Cruz; las tertulias en los cafés de México en la segunda década del siglo xx; los personajes de esas tertulias, en especial el Caballero López y un simpático perro llamado Negro; Díaz Mirón y, desde luego, López Velarde.

Si los poemas y las notas periodísticas velardianas referidos en las bibliografías suman seis, en los papeles de *Nopales* hay siete más: dos son artículos de prensa; los otros cinco, la mitad de ellos manuscritos, son notas y apuntes sueltos, uno que otro a vuelapluma. Los más importantes son “El México de López Velarde” de cuya publicación —que me parece indudable— no tengo referencias, y un capítulo de la serie titulada “Mis memorias y las de los demás” que apareció en el número 210, del 4 de noviembre de 1938, de la revista *Vea*, en la que Camín tuvo una columna por lo menos entre julio de ese año y enero del siguiente. En el primero de ellos afirma que sus primeros amigos, nada más llegar a la capital de la República, fueron López Velarde y el torero Juan Silveti. En ese artículo nos enteramos de que su capa característica era “enorme”, tenía “unos embozos crespos” y “había sido de Ojitos, el maestro de Gaona”. “Alguien”, añade, “me la pasó a mí por unas cuantas monedas de oro, tiradas con desdén como hacían los soldados de Flandes en los fignones del camino”.

En suma, la imagen que Camín proyecta de su amigo zacatecano está relacionada con algunos temas que se repiten siempre: la atmósfera de los cafés de la época; el recuerdo de los días en que la bailarina española Tórtola Valencia estuvo en México; los personajes de la Revolución que asomaban por la capital. Y mi preferida: las sesiones de juego en torno a una mesa de billar.

## 7. LÓPEZ VELARDE AL BILLAR

Una y otra vez Camín insiste en que formó parte de los admiradores de López Velarde de la primera hora y constantemente se refiere a la cáfila de envidiosos y de quienes no lo comprendieron en vida. Son mejores los textos en prosa; los poéticos, como toda su poesía, tienden a ser largos, repetitivos y monótonos. Aun así, son interesantes algunos momentos de unos y otros: el pasaje del poema, por ejemplo, que cuenta que una madrugada el poeta se persignó tres veces cuando pasaba delante de un colegio de niñas, o el de la prosa en que refiere la forma en que “halagaba con fruición” la copa

de coñac o trataba “con galanía la manzanilla olorosa de las bodegas jerezanas de la Península”. En una serie de tercetos, posteriores como casi todo a la muerte del zacatecano, imagina previsiblemente a Ramón en el cielo preocupado por que las cómicas, actrices y danzarinas entren sin pecado en el paraíso. De cuando en cuando lo llama “Canónigo de Indias”, según el apodo que él mismo le puso porque decía sus poemas “poniendo sus manos en actitud de abarcar, antes el aire y después el cáliz”. Con todo, ya pronto avisa que no será sino en el capítulo mexicano de sus memorias, que no cristalizó, donde se ocupará con calma de él.

En los dos textos no enlistados por los estudiosos, intenta el retrato de su amigo. Ramón era “alto, moreno, enlutado, cuidadoso de su indumentaria como del verso que escribía, devoto de la amistad y las buenas maneras [y] llevaba siempre a flor de labio una saludable sonrisa, madrigalesca y enigmática, que le acompañó hasta después de la muerte en aquel rostro de cera moza”. En el otro texto afirma que “usaba una especie de levita negra. Era de porte distinguido, ceremonioso, de una piel entre caoba y mango en sazón. Era [...] apuesto. Sus palabras eran pausadas y parecía que las iba troquelando como monedas de oro para los amigos, con la mayor cordialidad y el mayor dispendio. Su sonrisa perenne era como una rúbrica. [...] Sus ojos eran quietos y a tono con su sonrisa. Usaba un bigotillo que era un esbozo. Su pelo era negro y señor, como debería ser [...] el de Cuauhtémoc en su primera mocedad”.

Se veían en un Círculo Zacatecano que estaba ubicado, según dice con vaguedad, “por Cinco de Febrero y Mesones”,<sup>4</sup> donde jugaban a las carambolas, entre otros, con Fernández Ledesma, Rafael López y Jesús B. González. Ramón, “siempre con gesto de hombre de abadía”, “hacía pocas [...], casi tan pocas como yo, pero con una solemnidad que daba la impresión de estar comulgando”. López Velarde “jugaba muy mal y yo jugaba peor”. Y añade: “El único que rendía buen número de carambolas, elegante y pausado [aquí me salto algunas imágenes poéticas que afean el testimonio] era Fernández Ledesma. Pero como cada cual responde a su temperamento, hasta en el billar, Ramón daba en las bolas como si temiera lastimarlas y yo como si quisiera romperlas. Mis *arrebatos* producían más carambolas que sus *unciones*”.

Por desgracia, el relato se ocupa más de sí mismo que de los otros, lo que ya nos pasó cuando buscábamos en otro trabajo suyo la hipotética experiencia mexicana

<sup>4</sup> En esa esquina estaba *La hoja de lata*, la cantina propiedad de Fernando Bueno Díaz, el padre de mi abuela, también asturiano, por los años en los que estuvo Camín la primera vez en México. Si no fuera porque más adelante el poeta modifica el lugar del Círculo Zacatecano, se podría decir que la conoció y hasta pudo frecuentarla.



na de Andrés González Blanco: “A veces, poniendo el paño de la mesa en peligro, hacía yo carambolas extraordinarias. Pero tan arbitrariamente que Ramón lanzaba una carcajada. Cierta noche, a poco más, se le desencuadra el cuerpo de risa. Fue una carambola tan famosa la que hice, tan endiablada y extravagante que Ramón la comentaba, asombrado, entre sus amigos. La bola, con el retorcido coraje con que la despedí, salió del paño, corrió las cuatro bandas por la madera, y en vez de irse al suelo, volvió al paño y acabó en carambola, como pudo acabar dando un salto y saliéndose a la calle por los balcones. Luego Ramón me decía: ‘El billar tiene reglas’”.

#### 8. “UN ALMA BRAVA Y GENEROSA QUE AMÓ RECIAMENTE A RAMÓN”

En el juego literario escrito a propósito de la vida de López Velarde, Guillermo Sheridan, al tanto de quién y cómo era Camín, lo hace responsable del mal momento que alguien hizo pasar en público a Ramón, según la anécdota referida, sin dar nombres, por Pedro de Alba en sus *Ensayos* (reeditados por el INBA en 1988). Uno de los amigos de la tertulia le preguntó sobre su frustrado romance con Margarita Quijano y el poeta “guardó un silencio hosco y una actitud imperativa para que no se tocara ese punto, se despidió a poco precipitadamente y por varios meses no dirigió la palabra al indiscreto”. No me hace dudar el que Pedro de Alba diga que se trataba de “un gran amigo nuestro” sino que lo describa como “un genial poeta”, lo cual no estoy seguro que se ajuste a Camín. Lo que es indudable es que éste manifestó su admiración al autor de “La suave Patria” y quiso estar cerca de él, siempre que pudo, a su manera. Un

ejemplo: según consigna Phillips, lo hizo figurar como colaborador de *Castillos y Leones*, que el asturiano dirigió entre 1920 y 1921, aunque no haya un texto suyo en sus páginas.

En un artículo de 1946, y luego en un apunte a máquina en hoja suelta, Camín refiere que formó parte de la primera guardia de honor en torno al féretro de López Velarde cuando lo velaron en el paraninfo de la Universidad Nacional pero su nombre no aparece en el enlistado, muy reproducido, de las primeras diez guardias de ese día. Quizá revivió el momento tal y como le hubiera gustado que sucediera porque dice que fue conformada por dos mexicanos (el rector Vasconcelos y Fernández Ledesma) y dos españoles (el actor Julio Tafoada y él). Posiblemente el asturiano haya participado en alguna guardia informal anterior a las oficiales, aunque parece poco probable que haya sido con la presencia del rector.

En cambio, Fernández Ledesma contó (*El Universal*, 21 de junio de 1924) un pequeño episodio ocurrido en ese mismo lugar: “En la terrible noche del 19 de junio de 1921, cuando el féretro que guardaba los restos de Ramón López Velarde recibía en el peristilo de la Universidad Nacional los honores de guardia de todo el México intelectual y artístico, el poeta español Alfonso Camín, alma brava y generosa que amó recientemente a Ramón, me dijo, desde uno de los sitios del claustro, a grandes voces pero con los ojos cuajados: ‘Mi último honor para Ramón será darle lo que más íntimamente ha convivido en mis malos y buenos días: mi capa, con la que quiero envolver su ataúd...’. Me conmovió hondamente el gesto de mi amigo pero alguien, que había escuchado las ardorosas palabras del asturiano, invocó neciamente no sé qué conveniencias exteriores que, en la confusión de aquellos minutos y de los

que siguieron, no pudo rectificar. Así fue cómo el bello impulso de Camín no llegó a consumarse”.

Camín también estuvo, y en primera fila, en el entierro de su amigo en el Panteón Francés, tal como aparece en la foto más divulgada de esa mañana. La imagen reproduce el momento en el que Alejandro Quijano, en el extremo derecho de la foto, pronuncia su discurso en representación del Ateneo de Abogados; para entonces Alfonso Cravioto ha leído ya el suyo a nombre de la Universidad y poco después se escucharán las palabras de Fernández Ledesma. Al lado de éste, a la izquierda de la foto, aparece Camín, serio, erguido, con ambas manos apoyadas en el bastón, entre las que tiene el sombrero chambergo del retrato de Cansinos.<sup>5</sup>

Es exagerado el despropósito al que puede llegar el olvido al que se echa a un escritor: en la edición conmemorativa de los cien años del nacimiento de López Velarde hecha por la Universidad, llamada *Minutos velardianos*, se reproduce esa misma imagen, y Camín, según el pie de foto, aparece convertido nada menos que en José Vasconcelos. Compartían aire hispánico y bigotito, lo que debe haber engañado a quien pensó que podía identificar a ojo a los personajes de una foto tomada casi setenta años atrás. Claro que uno no deja de sospechar que todo el asunto se debe a una broma escapada al editor porque a continuación dice que quien está al lado de Camín, que no es otro que Fernández Ledesma, es ¡“Adolfo López Mateos, futuro presidente de México”!

## 9. LA ÚLTIMA VISIÓN

Todavía entre los papeles inéditos de Camín hay una nota velardiana de interés: escrita de su puño y letra, con grafía esmerada y sin prisa, el asturiano refiere la última vez que vio vivo a su amigo Ramón, profundizando en lo que había contado en el número 63, de julio-agosto de 1940, de *Norte*—en el cual, por cierto, cambiaba el lugar de las “carambolas anárquicas” ubicando el Círculo Zacatecano en “un piso principal de las calles del Salvador y Bolívar”.

Mucho se escribió sobre los últimos días de López Velarde. Se conocen a la perfección las circunstancias de su enfermedad, su agravamiento y hasta algunos diálogos dramáticos. Por último, la escena de la muerte. Opino que, de acuerdo con la discreción de quien moría y el gran cariño de quienes lo asistieron, no se divulgó

<sup>5</sup> En una entrevista concedida a Beatriz Reyes Navares más de cuarenta años después —*Siempre!*, 11 de agosto de 1965—, Camín ubica en el cementerio el episodio de la capa, que vuelve a aparecer, así, en diabólico vaivén: aquel día, dice, “eché mi capa sobre la tierra del sepulcro. Quería cubrir con ella sus restos. Alguien la quitó. No sé si fue don Alejandro Quijano”.

más que un puñado de detalles. Camín refiere algo que yo no he visto en ningún otro lugar: en el delirio de la agonía, López Velarde tuvo una visión: “tres damas de luto inclinadas en el respaldo de tres sillones ilusorios”.

El inédito pone en circunstancia el asunto: la última noche que estuvo con su amigo sano (“con la amanejada en la capa y los chambergos”), Ramón “ya tenía la ingenua inquietud del más allá”. Aquella vez, mientras caminaban por la colonia Roma con rumbo a Chapultepec, iban discutiendo sobre un supuesto milagro que aquellos días acaparaba las conversaciones: “en cierta ermita de las afueras de México había aparecido el rostro de Jesús en una especie de nuevo paño de la Verónica”. Según Camín, López Velarde “creía sinceramente” y a él le pasaba lo contrario. “Lo dejé en casa sin entendernos”, agrega.

De acuerdo con su egotismo, hace un listado de sus peripecias durante los días que siguieron, no sé qué tan fidedigna: “mi nueva tragedia [*sic*], mi escondite en la Villa de Guadalupe, el tren presidencial de Carranza, el combate, la caída del primer jefe, mi entrada con Obregón en México”. Por fin refiere la visita al amigo, ya “encamado”. “No obstante”, añade, “lo hice sonreír con mi optimismo, le conté en síntesis la aventura y al despedirnos, ya para siempre, sé que llamó a su hermano y le dijo: ‘—Estuvo a verme Alfonso: otra paliza’. Poco después entraba en el delirio y en la visión de las tres damas de luto detrás de los tres sillones”.

La imagen, de indudable sabor velardiano, invita a creer. Parecería que evoca la biografía del moribundo y sobre todo su arte, en el momento final. Mientras las mujeres en progresivo anonimato, el luto y el número esotérico pertenecen con naturalidad a su obra, la misteriosa “aparición” y el mobiliario fantástico participan de la imaginería de algunos de sus últimos poemas. Despidiéndose de la vida, quizás hubiera firmado estas palabras dirigidas a “una enlutada” escritas cinco años antes: “¿Quién podrá ser dueño de su ritmo interior en tu presencia, si vas vestida de muerte y si en el filo de tu rostro la vida relampaguea?”. No me resisto a copiar una cita más, a manera de curiosidad: en “Cómo murió RLV” (*Revista de revistas* del 21 de junio de 1936), Jesús B. González cuenta lo que vio en el velorio: “Tres mujeres, cuyos rostros no pude descubrir, plañían como en los tiempos antiguos”.

¿Es digno de crédito Camín? ¿Se debe todo a su mitomanía o hasta a un deseo de mantenerse, frente al alud de reconocimientos póstumos, como el amigo que posee información reservada a los íntimos? De ser cierto, me parece que el asunto se hubiera divulgado, sobre todo por tratarse de algo tan llamativo como inocho. Si no lo es, el asturiano ha dejado sobre López Velarde, no sé qué tan conscientemente, una pincelada literaria llena de intuición. **U**